

## EL NOVELISTA CARRASQUILLA

Escribe: CARLOS ARTURO CAPARROSO

Tomás Carrasquilla (1858-1940) es el primero de los costumbristas nacionales. Y el más completo de nuestros novelistas.

Lo que acredita con creces a lo largo de una serie de novelas y cuentos que son el resultado de toda una vida de letrado consagrada en especial a la tarea de novelar y de describir costumbres regionales.

Su primera novela, *Frutos de mi tierra* (1896), fue ya una consagración meritoria. Por la vigorosa caracterización de los personajes, la feliz técnica del relato y el vívido cuadro de ambiente de seguros trazos y colorido muy vernáculo que sirve de fondo a las peripecias de la anécdota referida.

Sus posteriores obras vinieron a confirmarle con largueza en su acierto inicial y a afianzarle en sus títulos de eximio maestro de la novelística colombiana. Sus novelas son *Luterito*, *Salve Regina*, *Entrañas de niño*, *Grandeza*, *Ligia Cruz*, *El Zarco*, *La Marquesa de Yolombó* y *Hace tiempos*. Esta es una ambiciosa trilogía que comprende las siguientes partes: *Por aguas y pedrejones*, *Por cumbres y cañadas* y *Del monte a la ciudad*. Entre sus cuentos se destacan: *En la diestra de Dios Padre*, *Dimitas Arias*, *El ánima sola*, *El rifle*, *San Antoñito*, *Rogelio*, etc.

Refiriéndose a su producción —en breve *Autobiografía* fechada en 1914 y matizada de ese característico humorismo que es una de las notas peculiares de su estilo— escribió Carrasquilla: “Nada de lo que he publicado, fuera de *Salve Regina*, me parece bueno. Mal podría parecerme: tengo idea altísima del arte, muy baja de mis facultades y conozco los grandes autores”.

*Salve Regina*, en efecto, es un cautivante relato de suprema belleza. De ajustada ejecución, de limpiísimo estilo, de admirable seguridad idiomática. Regina, la heroína, es una suave y beatífica niña, de “cuerpecillo

grácil y armonioso", que palidece de mal de amores, en medio de un encantado paisaje andino. Adora a un novio a quien sus padres rechazan por ser fama en el pueblo de que es un "maestro de todas las maldades". Ante ese rechazo, se entabla en ella una lucha violenta entre el amor y el deber cuyo desenlace solo viene a ser posible con su muerte. Regina parece víctima de una peste que azota la comarca y la libera de la aguda —un lento morir diario— crisis espiritual que le ha sacudido de patética angustia.

En *Entrañas de niño*, narración de penetrante psicología, luce relevantemente Carrasquilla una de sus más señaladas peculiaridades: la certera caracterización de sus personajes infantiles y juveniles. Traza allí, en torno a la figura central de un niño, una serie de escenas familiares de la vida de una hacienda de hidalgos lugareños y, después, al final, de ciudad de Antioquia. Primores descriptivos de la naturaleza y de las costumbres patriarcales y tradiciones campesinas allá por los años de la segunda mitad del siglo pasado, constituyen el ámbito de esa encantadora novelita. Los cuentos *El rifle* y *San Antoñito* son otras de las muestras destacadas del arte de Carrasquilla en el indicado tipo de caracterizaciones.

De *La Marquesa de Yolombó* —aparecida en 1926— ha escrito Rafael Maya, en un ensayo magistral, que es la creación cumbre de Carrasquilla, por considerar reunidas en ella "todas las virtudes" de su autor como novelista y literato. La califica como "obra de vasta concepción, de magnífico desarrollo, de inagotable facundia de lenguaje y de gran belleza poética". La acción de esta novela histórica está situada en las postrimerías de la Colonia y años de la Independencia. Bárbara, la protagonista, es toda una personificación de primer orden, de perfiles netos e inconfundibles, en la novelística hispanoamericana. Como de primer orden, igualmente, son la reconstrucción de la época y de las clases sociales de entonces, la relación de las leyendas y supersticiones populares, la pintura de paisajes, la descripción de los múltiples pormenores de la existencia cotidiana en los campos, en las minas y en el pueblo. *La Marquesa de Yolombó* es, en síntesis, con sus incidencias laterales, la historia de una mujer que, merced a su voluntad de superación, a su espíritu de empresa y a su capacidad de aprendizaje llega, al frente de la explotación de una mina, a acumular una considerable fortuna. En tal oficio, transcurre su juventud. Y, ya madura, solicitada por sus reprimidos impulsos amorosos y el deseo de un marido, acepta muy gozosa en casarse con un aventurero que la cautiva y el que, finalmente, sin que vuelva a tenerse en la región noticia de su paradero, alzándose con buena parte de sus bienes, la abandona. La razón de Bárbara zozobra en este lance infortunado. Pero luego se equilibra y entonces se apodera de ella un tranquilo sentimiento de piedad en cuyas efusiones termina el resto de sus días.

Aparte las excelencias de su técnica costumbrista, triunfa seguramente Carrasquilla en la creación de caracteres y en la pericia con que maneja la acción novelesca conducida con eficacia hasta su resolución en desenlaces adecuados y satisfactorios. En el tino con que corona sus finales, en pasajes que dan la impresión de verdaderas victorias verbales y psicoló-

gicas definitivas y puntualizantes, su procedimiento es indiscutiblemente maestro. Así, entre otras, esta conclusión de *Salve, Regina*, después del enterramiento de la protagonista:

“No se pudo aguardar más tiempo a Don Guillermo: el fuego de la tierra reclamaba el tesoro que le pertenecía.

A la oración tornaban del cementerio. Laura traía un regalo para Don Guillermo: los cabellos de Regina.

*Fraciquí* quedó en el camposanto acurrucado en la puerta. Enloquecido de dolor apostrofaba a *La Princesa* con todo el raudal de su salvaje inocencia.

Era media noche. Un plenilunio soberano se derramaba por el valle; las cumbres parecían más altivas sobre el fondo lácteo del cielo; más blanca que siempre saltaba la cascada; *Fraciquí* seguía llorando junto a la verja.

Allá lejos, en *La Remanga*, donde el río se duerme bajo toldos de suribios; allá, entre el rumor de los cañaverales, a las luces erráticas de los cocuyos, fermentaba, como una almáciga, el lodo fecundante de la vida.

Acá, en los corredores de la casa, junto a las resedas cultivadas por la muerta, rezaba paseándose *El Dotorcito*. Apoyóse un momento en la baranda a contemplar el cielo y a escuchar la noche. Sólo el caer de la cascada, en ese instante perceptible, turbaba el silencio. El alma del sacerdote se cernía. De pronto, como un reclamo de la tierra, oyó en la calle choque de herraduras.

Era Don Guillermo que llegaba”.

Abundante y vario es el lenguaje de Carrasquilla. No sólo el narrativo y descriptivo utilizado por el novelista, sino el particular en que se expresan sus personajes, fielmente reproducido en sus giros, modismos, vocabulario y construcciones regionales. El diálogo está siempre manejado con naturalidad, sumo realismo y desenvoltura.

No obstante el tratamiento objetivo que domina su elaboración, se ilumina a trechos ese lenguaje con fulgores delicadamente poéticos. No hay que olvidar que Carrasquilla pertenece, temporalmente, a la generación del modernismo lírico y que, sin ser un cultivador de la prosa modernista, algunos puntos de contacto mantiene a veces con aquella modalidad, de modo especial en sus momentos subjetivos y en frecuentes párrafos de sus descripciones.

Finalmente, son tan sobresalientes las cualidades de este novelista y de tan alta estima su producción que, ciertas fallas que pudieran serle anotadas —debilitamiento y lentitud de la acción en ocasiones y algunas digresiones y referencias un tanto retóricas—, quedan suficientemente disminuídas ante sus renovados logros.